

del ARENAL, Celestino, *Etnocentrismo y Teoría de las Relaciones Internacionales: una visión crítica*, Madrid, Tecnos, 2014.

Hay libros de partida, y libros de llegada. Que concentran lo aprendido y lo vivido en un itinerario vital. Un itinerario que, en el caso de una vida dedicada a la fundación y desarrollo de la disciplina de las Relaciones internacionales en España, como la de Celestino del Arenal, se refleja, a modo de recapitulación hacia el pasado y reflexión hacia el futuro, en *Etnocentrismo y Teoría de las Relaciones Internacionales: una visión crítica* (2014). Un itinerario que realiza un recorrido por la disciplina, mas sobre todo sostiene una tesis sobre ella, y realiza una propuesta de futuro para ella, para su futuro.

Pues si nos adentramos en sus páginas, tras analizar sus antecedentes relacionados con otras disciplinas y ciencias sociales, como, entre otros, la Historia diplomática y el Derecho Internacional, y las corrientes que la Filosofía política determinan las visiones de la Sociedad Internacional – como el realismo hobbesiano, el internacionalismo grociano y de la Escuela de Salamanca, o el universalismo kantiano -, partiendo de la consideración del fin de la Primera Guerra Mundial en 1919 como su momento fundacional, desde el que afirma su autonomía y entidad propia y diferenciada como disciplina académica, recorreremos las diferentes etapas que han caracterizado su evolución y asistiremos a los grandes debates teórico paradigmáticos que ha determinado ésta. Etapas marcadas en su inicio por el idealismo wilsoniano que impregna la refundación del orden internacional tras la Gran Guerra, y, a partir de la nueva refundación que conlleva el fin de la Segunda Guerra Mundial, por el realismo que impregna el inicio de la Guerra Fría, que se constituye en paradigma dominante y referencial de la disciplina; y posteriormente por el conductismo-cuantitativismo desde mediados de los cincuenta a finales de los sesenta, el transnacionalismo y el estructuralismo – primeros intentos de construcción de una narrativa alternativa a la occidental y canónica dominante, la estructuralista por primera vez desde fuera del ámbito anglosajón – de los setenta, el neorrealismo reafirmador del orden de los ochenta, el reflectismo del entresiglos que se abre tras la caída del muro, y el constructivismo de nuestro tiempo presente.

Recorrido, del que se desprende una tesis, una conclusión que Del Arenal nos quiere mostrar al acometerlo: la de la conformación de una narrativa occidental y canónica construida sobre la visión del realismo y su interacción con el idealismo y el liberalismo en su adaptación a las circunstancias cambiantes y la evolución histórica. Occidental, pues es en Occidente – y fundamentalmente, desde el mismo nacimiento de la disciplina – donde se elabora, y desde donde hacia el resto del mundo emana, la Teoría de las Relaciones Internacionales. Y canónica, pues es esa narrativa, y no otras con otras visiones u orígenes, la que se constituye en el *mainstream* de la disciplina que se impone sistemáticamente como paradigma universal y común que éste produce y reproduce. Lo que conlleva que el etnocentrismo – o, más específicamente, el americanocentrismo – se constituya en rasgo esencial y definidor de la disciplina y la Teoría de las Relaciones Internacionales.

Un etnocentrismo, un americanocentrismo, un predominio anglosajón que se refleja no solo en que la narrativa canónica de la disciplina y la teoría se elabore en Estados Unidos o que los debates teórico paradigmáticos que han determinado su evolución se hayan desarrollado en el seno de la comunidad académica de la disciplina en Estados Unidos, que Del Arenal describe como “exclusivista, autista y endogámica”; sino también en el contenido de los programas de Relaciones Internacionales que se enseñan en todo el mundo, en el carácter anglosajón de las revistas y publicaciones académicas que determinan el desarrollo de la disciplina, la potencia editorial o el uso exclusivo del inglés como idioma para la difusión y participación en el debate teórico global. Lo que, “al inducir a los alumnos, sean del país que sean, a adoptar determinados modelos de aproximación en el estudio de la política mundial, juega un papel central en la determinación y el condicionamiento de las políticas exteriores cuando dichos alumnos actúen profesionalmente”. Un predominio que se pone de manifiesto por el hecho de “los Estados Unidos tienen más instituciones de grado, facultades de Relaciones internacionales, estudiantes, tesis doctorales, conferencias y seminarios académicos que el resto del planeta en su conjunto”. A modo de ejemplo, de los 7.294 profesores de Relaciones Internacionales contabilizados en el mundo en un estudio realizado en 2011, 3.751 estaban en Estados Unidos, 842 en el Reino Unido y 488 en Canadá. Y buena parte del resto han sido formados en universidades y centros de investigación estadounidenses, o por quienes han sido formados en ellos.

Esta evolución, esta conformación de la Teoría de las Relaciones internacionales ha tenido momentos especialmente creativos, fundacionales, que han coincidido con el fin de las grandes conflagraciones globales. Así, no es de extrañar que el acta fundacional de la disciplina se asocie a la refundación del orden internacional tras la Primera Guerra Mundial, y la conformación de su narrativa canónica al que sigue a la Segunda. No nos encontramos tras la caída del muro y el fin de la Guerra Fría ante el fin de una conflagración propiamente dicha, mas, unido a la globalización de la sociedad de la información, sí e incluso más ante el fin de una era y el inicio de otra, ante una de esas transformaciones globales que suponen un salto cualitativo del tiempo y del espacio en que vivimos, en definitiva del mundo, y por ello necesariamente de los paradigmas y las narrativas con que lo explicamos y organizamos políticamente. No basta ya con el equilibrio de poder, no basta ya con la estabilidad, no basta con la perspectiva de los Estados y de los actores: necesitamos la del sistema, la del todo. No viajamos ya en el tiempo y en el espacio por la Tierra, sino todos en la nave espacial Tierra destino futuro. Nos encontramos, por decirlo desde la perspectiva cultural china, en la *Tianxia* común.

Una nueva era, una transformación global del mundo, en que ya no nos sirven, para su comprensión y aprehensión, para conducirnos en él, las categorías y mapas mentales de que hasta ahora disponíamos, la Teoría de las Relaciones Internacionales que hemos venido utilizando. No es de extrañar así que desde finales de los ochenta la disciplina navegue sin rumbos teóricos claros; que se dé, como nos señala Del Arenal, “un cuestionamiento radical del lenguaje, los conceptos, los métodos y la Historia, que habían marcado la teoría y la disciplina de las Relaciones Internacionales”, hasta el punto que haya quienes cuestionen su propia existencia, o propugnen deconstruirla o repensarla. Que se preste crecientemente atención, al calor de la búsqueda de nuevos

paradigmas para la gobernanza global, a los aspectos normativos de la teoría; o que emerjan visiones cosmopolitas de inspiración neokantiana. Una situación que Del Arenal nos sintetiza en los siguientes términos:

“En suma, se critica a la corriente teórica principal por su orientación marcadamente positivista y por haber circunscrito su análisis al nivel teórico y al nivel analítico y haber ignorado el nivel filosófico. Lo que ahora se pretende no es encontrar mejores proposiciones o hipótesis, sino avanzar hacia nuevos esquemas conceptuales, o, con otras palabras, formular nuevas teorías, orientadas, como hemos apuntado, hacia la emancipación de los seres humanos”

Una búsqueda a la que responden, primero, las corrientes denominadas reflectistas, como las teorías críticas, las feministas, el posmodernismo, el posestructuralismo, el constructivismo social o la sociología histórica; y, después, por el protagonismo del constructivismo que caracteriza la etapa en que se encuentra el desarrollo de la Teoría de las Relaciones Internacionales, que va a poner en su centro de atención la construcción de intereses e identidades, por ello percibido por los especialistas no occidentales como la corriente teórica más relevante para teorizar las realidades y prácticas no occidentales, prestando especial atención a la incidencia del pluralismo cultural y religioso en el funcionamiento de la Sociedad Internacional, e intentando incorporar a la formulación teórica las transformaciones que conlleva la globalización de la Sociedad Internacional, entre otras, en la naturaleza, reparto y ubicación del poder y la legitimidad, en la relación entre los ciudadanos y el Estado; en el papel y protagonismo de los actores internacionales – estatales y no estatales – y sus políticas, y la emergencia de nuevos actores; el desarrollo de nuevas pautas de comportamiento – sean éstas calificadas de pre o posmodernas, prewestfalianas o postwestfalianas -, con las transformaciones que ello conlleva en la naturaleza de los conflictos, y por ello en la problemática de la seguridad y de las Relaciones Internacionales, “que obliga a los estados a una redefinición de sus políticas exteriores y a un reposicionamiento en esta nueva y diferente sociedad internacional”. Transformación en el quién, en el quiénes y en el cómo de la Sociedad Internacional como consecuencia de la globalización de la sociedad de la información, de la que constituye rasgo fundamental definidor la que Fareed Zakaria ha denominado la “emergencia del resto”. Emergencia de los emergentes, de los emergidos, coordinación entre ellos en foros como los BRICS, que ha llevado, especialmente a raíz de la crisis global de 2008, a la consolidación de nuevas estructuras de concertación y gobernanza global, como el G20. Entre los que merece especial atención y mención, como elemento definidor de la era, del tiempo interesante que nos ha tocado vivir, el ascenso global de China.

Concluye Del Arenal su recorrido retrospectivo por la construcción y evolución de la disciplina y la Teoría de las Relaciones Internacionales, diciéndonos:

“De esta forma, el debate teórico dominante desde principios del siglo XXI no será tanto entre el reflectivismo, en términos genéricos, y el racionalismo, sino, especialmente, el debate más específico entre el constructivismo y el racionalismo. Este debate, en todo caso, estará marcado de nuevo, en sus expresiones más

influyentes, estadounidenses y europeas, por el etnocentrismo que caracteriza en desarrollo de la teoría y la disciplina de las Relaciones Internacionales. Sin embargo, a pesar de ello, el constructivismo, desde el momento que considera que los hechos sociales son una construcción humana, basada en ideas compartidas, y existen, por lo tanto, porque les atribuimos intersubjetivamente ciertos significados y funciones a determinados objetos y acciones, favorecerá significativamente el desarrollo de los estudios críticos con el etnocentrismo todavía dominante en esta última etapa de la Teoría de las Relaciones internacionales...”

Es ahí donde los caminos se cruzan, donde procede contemplar el proceso que está teniendo lugar en China de búsqueda y propuesta para la reformulación de la Teoría de las Relaciones Internacionales, que recurre la obra de las grandes figuras de la Filosofía política china anterior a la unificación Qin y a *Las estrategias de los reinos combatientes* para extraer conceptos útiles para la formulación o reformulación de la Teoría de las Relaciones Internacionales, desarrollada, en función de su relación con la Teoría de las Relaciones Internacionales elaborada en Occidente, en los enfoques anverso, reverso e interactivo, que recurren respectivamente a un sistema conceptual chino, a ésta o a un diálogo intercultural que aplica simultáneamente marcos conceptuales autóctonos y extranjeros; y que cuentan respectivamente con las figuras y teorías referenciales de Zhao Tingyang y su teoría del sistema de la *Tianxia*, Yan Xuetong y su obra *Ancient Chinese Thought, Modern Chinese Power* Qin Yaqin y su teoría de la relacionalidad. Pues no cabe contemplarlo solo en clave y como expresión de su ascenso global, sino también en clave y como expresión de la evolución de la Teoría de las Relaciones Internacionales y sus retos de futuro. Expresión, pues ciertamente lo es del ascenso global de China, mas al tiempo y así mismo del momento, de la evolución, de la crisis y los espacios que se abren y se ocupan en ella. Clave, en cuanto puede serlo del futuro de la propia disciplina y Teoría de las Relaciones Internacionales como tal.

Pues afronta ésta dos posibles escenarios de evolución y de futuro: el de la universalidad y el de la fragmentación. Implica el primero, necesariamente, la superación de la contradicción *in terminis* de la universalidad occidental, la deconstrucción/reconstrucción, la construcción de una universalidad universal, entre todos, por todos y para todos. Clave, ahí, la presencia y aportación de China, desde China. No solo; mas imposible sin ella. Imposible sin las ideas chinas, sin el diálogo e integración de sus ideas y propuestas sobre la Teoría de las Relaciones Internacionales, sin sus ideas. Imposible sin ellas la reconfiguración de ésta; previsible sin su reconfiguración su fragmentación.

Pues tal es el escenario alternativo: la fragmentación de la Teoría de las Relaciones Internacionales, el surgimiento de diferentes narrativas teóricas preeminentes en diferentes ámbitos geográficos. Junto a la occidental a la defensiva, desde fuera señalada como tal, la eventual afirmación de una Teoría china de las Relaciones Internacionales, o de una narrativa islámica. Sin que, por otro lado, parezca plausible la articulación de una narrativa común alternativa a la canónica occidental dominante.

Tiene así el intento de comprensión y aprehensión de las propuestas desde China realizadas para la reformulación de la Teoría de las Relaciones Internacionales, el diálogo e interacción con China sobre ella y sobre ellas, una doble trascendencia potencial: la de la construcción de una Teoría de las Relaciones Internacionales compartida para un mundo compartido, y disponer con ella de un mapa mental para actuar en él, para construir y gestionar la gobernanza global, para conducir la nave espacial Tierra destino futuro; y la de la universalidad de la universalidad, su construcción previa y a través de la superación de la contradicción *in terminis* de la universalidad occidental.

Constituye ese camino, ese intento de comprensión y aprehensión de las propuestas desde China realizadas para la reformulación de la Teoría de las Relaciones Internacionales, ese diálogo e interacción con China sobre ella y sobre ellas, elemento fundamental, insustituible y decisivo para la superación del etnocentrismo en la conformación de la Teoría de las Relaciones Internacionales. Mas no solo: necesita ésta de otras aportaciones, otras voces, otras superaciones. Desde otras culturas, ubicaciones y visiones no occidentales. Y desde Occidente mismo, especialmente desde el mundo no anglosajón. Nos dice Del Arenal que frente a la hegemonía estadounidense en la disciplina de las Relaciones Internacionales, las estrategias de las comunidades académicas nacionales de otros países han sido las de la acomodación, la dominación por invitación y la desvinculación. La superación del etnocentrismo, la construcción en común de una Teoría de las Relaciones Internacionales común, requiere a su vez de la superación de dichas estrategias, de la recuperación del espíritu crítico que alumbró las Luces e hizo posible la Ilustración, de afrontar el reto de escuchar la posición y el planteamiento del otro, y de afrontar el de articular el propio, sin prejuicios ni *a priori*s. De ahí la relevancia de afrontar los retos de la Unión Europea y de España. De construir paneuropeamente una visión, unas visiones, europeas de la Teoría de las Relaciones internacionales. Que por la aportación de sinergias y recursos tenga la masa crítica para incidir en la conformación global de la Teoría y dote a Europa de voz en su reconfiguración. Que afronte el reto de escuchar e incorporar aportaciones y visiones no occidentales, constituirse en vía y puente para considerarlas e incorporarlas al *mainstream* occidental que ha caracterizado hasta ahora la disciplina. La relevancia, también, de afrontar el reto particularmente desde España, teniendo en cuenta nuestra particular tradición que hunde sus raíces en la Escuela de Salamanca; sea a partir del desarrollo de la Teoría de la Sociedad Internacional que ha caracterizado a la Escuela Española de Relaciones Internacionales – y de ahí su relevancia como referencia y punto de partida en esta perspectiva –, sea por otras vías y desde otros planteamientos que puedan definirse. Desde España, y desde América Latina, en diálogo con ella. La reconfiguración de la Teoría de las Relaciones Internacionales tiene su lugar en el diálogo y la concertación iberoamericana, en la cooperación académica entre España y Europa y América Latina. Su espacio en el mundo cultural en español, su reto de aportación desde él al debate global.

Mirando hacia el futuro, nos dice Del Arenal:

“...Solo la fuerza de los hechos, es decir, por un lado, el desarrollo cada vez con más fuerza de comunidades científicas y teorías no estadounidenses, que rompan

con los presupuestos, percepciones intereses claves que, como hemos visto, inspiran esa corriente teórica principal, y, por otro, la afirmación cada vez con más fuerza del protagonismo de las potencias emergentes en el escenario global, puede obligar a ese núcleo clave de la comunidad académica norteamericana a replantear su unilateralismo y abrirse, siquiera sea muy limitadamente, como empieza a suceder, por ejemplo, con las aportaciones teóricas chinas, a las concepciones no estadounidenses.

Desde esta perspectiva, dejando de un lado por razones obvias la estadounidense, la cada vez más y mejor organizada comunidad académica europea, sin lugar a dudas, la más emergente, numerosa, abierta y plural de las comunidades existentes en estos momentos, es la que puede actuar, y de hecho ya lo está haciendo, de punta de lanza en orden a romper con el señalado americanocentrismo y, al mismo tiempo, abrir la puerta, sin el carácter selectivo y dirigido que caracteriza a los académicos de los Estados Unidos, a las aportaciones teóricas no occidentales, aunque ello no suponga todavía la plena superación del etnocentrismo.”

Está en juego, en definitiva, disponer de un metarrelato compartido para un mundo compartido. Que se refleja en la Teoría de las Relaciones Internacionales; pero va más allá. Nos lleva a la cultura, a las ideas subyacentes y supuestos implícitos, los paradigmas que por ser para nosotros evidentes siquiera explicitamos, pero que no lo son para el otro. Como bien nos dice Del Arenal, “se critica a la corriente teórica principal por su orientación marcadamente positivista y por haber circunscrito su análisis al nivel teórico y al nivel analítico y haber ignorado el nivel filosófico”. Tenemos que ir al nivel filosófico, y por ello necesariamente más allá de donde se ha desarrollado la disciplina y la teoría, contemplarla desde fuera, desde el conjunto de nuestro saber sobre el mundo y la vida. Un gran angular lleva a otro gran angular, las preguntas primeras acaban llevando a las preguntas últimas, un viaje a otro viaje. En la era de la globalización de la sociedad de la información, nosotros somos, querámoslo o no, necesariamente todos. Y, sin embargo, nuestras culturas y civilizaciones nos llevan a contemplarnos como un nosotros frente o contra los otros. En la superación de esa contradicción radica en buena medida la clave de la construcción de la gobernanza global.

Tal vez ello se deba a que, al contrario que Valle-Inclán en su esperpento, que sometía la realidad a la deformación de su imagen en los espejos cóncavos y convexos del Callejón del Gato, la técnica utilizada por las civilizaciones para aproximarse a ésta parece ser justamente la contraria: la de utilizar espejos cóncavos o convexos para contemplarnos a nosotros, a los otros y al mundo como si fueran espejos planos, en la creencia de que son espejos planos. Para salir del Callejón del Gato, para superar la tensión de la conformación de un nosotros global en una única nave espacial Tierra, carente, sin embargo, de una cultura garante de su supervivencia y reproducción, para afrontar la necesidad de construirla, deberíamos realizar un viaje o itinerario intelectual en dos etapas. La primera, para entender lo que condiciona y distorsiona nuestra visión de la realidad y del mundo, de las visiones en los espejos: de la universalidad y la supremacía occidental, los orientalismos y los occidentalismos, los “valores asiáticos” y otras alternativas. Y de los supuestos e ideas, en definitiva, que subyacen tras ellos, los sostienen y conforman, desde las de la identidad o las cosmologías a la

conceptualización del sistema internacional y las visiones clásicas sobre el mismo y sobre el desarrollo, la democracia, la cultura y la paz. La segunda, de esbozo y búsqueda de ideas y principios, nuevos paradigmas y posibles elementos para salir del Callejón del Gato, para la construcción del desarrollo sostenible, la paz y la democracia en un sistema de gobernanza global para la navegabilidad y navegación de la nave espacial Tierra destino futuro. Ese viaje es otro viaje – el de la deconstrucción, en definitiva, de Oriente y Occidente para la construcción de la gobernanza global -. Es el viaje de otro libro: el que realizo en *Salir del Callejón del Gato: la deconstrucción de Oriente y Occidente y la gobernanza global*, a cuya lectura remito al lector interesado en realizarlo. De alguna manera, otro camino que conduce a Roma y otro paso en el camino de tres mil leguas de la comprensión/aprehensión del mundo, la nave espacial Tierra en la que navegamos todos, y al tiempo de uno mismo.

Éste viaje, el que Celestino del Arenal nos invita a realizar en *Etnocentrismo y Teoría de las Relaciones Internacionales: una visión crítica*, es el viaje oportuno y necesario que no debería dejar de realizar quien se preocupe no solo por el futuro de las Relaciones Internacionales o porque éstas tengan futuro; sino también, o simplemente, por el futuro en sí.

Manuel Montobbio
Diplomático y Doctor en Ciencias Políticas